

—Te digo, Sanabria, otra vez, que antes de hacer ese favor al hermano de D. Enrique, es indispensable meditarlo.

—No hay un instante que perder.

—Tú tendrás prisa, Men Rodríguez; pero yo no tengo ninguna. Puedes marcharte á tu castillo.

—La última pregunta, Beltran. ¿Si á la media noche viene el rey, lo recibirás en tu tienda?

—Tambien necesito pensarlo.

—No tengo lugar para aguardarme.

—Puedes marcharte en el momento.

—Otra pregunta, Beltran Güesclin. ¿Si llegásemos á la tienda, por qué señal conoceríamos si era ocasion de penetrar?

—Por una señal muy sencilla. Si sobre la puerta arde un farol, puede entrar el rey, Men Rodríguez.

—La libertad del rey te vale un millon de doblas castellanas, muchas ciudades, muchas villas, muchos títulos y castillos.

—Un amigo de D. Enrique necesita pensarlo mucho para recibir tantas mercedes del rey D. Pedro de Castilla.

Men Rodríguez se despidió del capitán Beltran Güesclin, y el breton siguió paseando en derredor de la trinchera. Sin aperebirse de ello se halló junto á la tienda de D. Enrique, y se presentó ante el monarca.

—¿Qué hay de bueno, amigo Beltran? le preguntó el rey D. Enrique.

—Esta noche tengo una cita, y me parece conveniente que esteis á las doce en mi tienda.

—¿De qué se trata?

—Es un secreto que quiero guardarme, señor, hasta que convenga revelarlo.

—Eres dueño de tu secreto. ¿Hay que tomar algunas medidas?

—Por esta noche, no, señor: hablaremos de ellas mañana.

Beltran se despidió del rey, y se encaminó hácia su tienda.

CAPITULO XVII.

Bastante honor le dispense:
Bastante favor merece,
Si su cuerpo ha de rozarse
Con el brazo que le hiere.

J. B. SANDOVAL.

Es la media noche. Bernal se encuentra en su tienda con Enrique, entregado á meditaciones, que el paje no osa interrumpir. El bastardo tenia recuerdos muy profundos y muy amargos, recuerdos que debian durar cuanto durase su existencia. Los padecimientos de Inés, el desgraciado amor de su prima, la abnegacion de la judía, eran torcedores á su alma, y ponian en su altiva frente el triste sello del dolor. Los demas caballeros duermen, y los centinelas, confiados en la trinchera que rodea por todas partes el castillo, descuidan un tanto sus puestos, y se guarecen de la ventisca, que copos de nieve conduce.

Las tiendas, colocadas con simetría y divididas en cuarteles, forman una segunda línea con el parapeto levantado; y en el centro descuella Montiel, gigante de robustas formas entre una turba de pigmeos.

Una mujer vestida de blanco, con una corona en la cabeza, y los cabellos á la espalda, recorre la trinchera varias veces, y cada vez que retumba un trueno repite: despierta, despierta, D. Juan.

El puente del castillo se baja: cuatro bultos negros lo pasan, y se dirigen hácia la trinchera, conduciendo con gran silencio cuatro caballos por la brida. La mujer vestida de blanco les vé descender pausadamente; se dirige hácia el mismo paraje que los cuatro bultos del castillo, y oye estas palabras:

—Señor, es imposible que pasemos por este sitio la trinchera.

—¿Y qué harémos?

—Torcer á la derecha, respondió una voz áspera y bronca, y no nos faltará un portillo por donde se escape un raposo.

Los tres bultos se encaminaron hácia el paraje que habia señalado el último interlocutor, y la mujer vestida de blanco echó á correr hácia las tiendas, con mucha mayor rapidez que su debilidad prometia. Cruzó por delante de varias, sin encontrar señal que indicase estar sus habitantes despiertos; mas llegando á la del bearnés vió luz encendida, y penetró sin anunciarse.

—Señora, la dijo Bernal, viéndola con aquel traje blanco y entretejida su corona con algunos copos de nieve, tomad asiento y reposad, que la noche es demasiado cruda, y estais en extremo cansada.

—¡Descansar! repitió doña Inés: ¡descansar! No. La hora tremenda de la expiacion y de la venganza está muy próxima á sonar. Seguidme si teneis valor.

—¡Pobre loca! murmuró el bastardo.

—¡Pobre loca! repitió el paje.

Doña Inés se acercó á Bernal, le estrechó la diestra fuertemente, y le dijo:

—Bernal de Bearne, no es ocasion de detenerme; si vacilais un punto en seguirme, llamaré á otra tienda y la gloria será del que escuche mi voz.

—Señora....

—Adios....

—Esperad un momento.

—No puedo esperar.

—Vamos, vamos.

Bernal se dispuso á salir, pero la huérfana notó que iba enteramente desarmado.

—Bernal de Bearne, le dijo entonces, tomad vuestra mejor espada, ya que no podais vestir la armadura: sois perdido sin un buen acero.

El bastardo tomó su espada, y acompañado del fiel Enrique siguió los pasos de Doña Inés.

Los cuatro bultos habian seguido caminando con el menor ruido posible, y el que parecia comandarlos, dijo á uno de ellos:

—Adelántate, á ver si descubres un farol sobre la puerta de una tienda.

El que habia recibido la orden se alejó de allí algunos pasos. La misma voz continuó:

—¿Estas seguro, Men Rodríguez, de que nos servirá Beltran Güesclin?

—Nada puedo afirmar, señor, porque nada me ha prometido de una manera terminante.

—¿No seria mejor en ese caso valernos de su confianza y fugarnos sin darle cuenta?

—¿Y nos será fácil, señor, cruzar el campo sin ser vistos?

—Con tal que sea posible, Sanabria, tendrémos adelantado mucho.

El explorador volvió entonces y dijo:

—He visto un gran farol sobre la puerta de una tienda.

—¿Qué hacemos, señor? preguntó Sanabria.

—Si es posible, cruzar el campo y no entregarnos á Beltran. Para conseguirlo fácilmente, Fortun y Garci se quedarán por espacio de media hora con los palafrenes en este sitio; nosotros con el mayor silencio atravesarémos el campo, y se nos reunirán despues al pié de la Cruz del Maestre.

—Hagamos lo que nos mandais.

Fortun y Garci se quedaron con los cuatro briosos corceles, y Men Rodríguez de Sanabria con su misterioso compañero salvó la trinchera en silencio. Apenas habian penetrado en el campamento de D. Enrique, cuando descubrieron la tienda del capitán Beltran Güesclin: sobre su puerta ardia un farol, y reinaba en ella gran silencio.

—Aquella es la tienda de Beltran, dijo Men Rodríguez de Sanabria.

—¿No pudiéramos evitar pasar por delante de ella?

—Imposible. Está en un ángulo del cuartel, y para evitarlo seria preciso recorrer esta larga calle á la vista de todo el mundo.

—Tienes razon, adelantémosos.

—Los dos caballeros se adelantaron: pasaron por delante de la tienda del capitán Beltran de Güesclin, y doblaron el ángulo que hacia con otro cuartel del campamento. Pocos pasos habian andado, cuando percibieron tres bultos que en direccion opuesta venian.

—Huyamos, dijo Men Rodríguez, antes que lo-gren descubrirnos.

—Acuchillémoslos, Sanabria, contestó su bravo compañero.

—¿Señor, habeis perdido el juicio? Al choque de nuestras espadas se levantarán mil soldados y morirémos sin recurso.

—¿Qué podemos hacer, Sanabria?

—Volver al instante la esquina ¡y entrar en la tienda de Güesclin.

—¿No hay otro remedio?

—No hay otro.

—Pues entreguémosos á Beltran.

Retrocedieron sin tardanza, y pocos segundos despues estaban parados los dos ante la tienda del breton.

—No me atrevo á penetrar, Sanabria.

—Rey D. Pedro, pasad adelante, dijo desde dentro Güesclin.

Ya no era posible dudar: Beltran de Güesclin los habia visto, y el permanecer en la puerta era buscar nuevos peligros sin conjurar el que cor-

rian. El rey D. Pedro de Castilla y Men Rodríguez de Sanabria entraron al fin en la tienda.

El breton estaba sentado sobre un banquillo de madera y vestido de todas armas: se levantó al entrar el rey, y tendió la mano á Men Rodríguez.

—Aquí estamos, dijo el gallego, confiados en vuestras promesas.

—Nada he prometido, Men Rodríguez.

—Os manifesté los apuros en que el rey D. Pedro se hallaba, y os dije que pusierais un farol si estabais dispuesto á recibirnos.

—Me dijisteis mas, Men Rodríguez. Me ofrecísteis á nombre de D. Pedro, ciudades, villas y castillos: me ofrecísteis títulos de conde, de duque, y doblas castellanas.

—Todo lo confirmo, Beltran, dijo el rey D. Pedro, y te daré mas ciudades y mas castillos.

—Dije á Men Rodríguez de Sanabria, que antes de admitir esos dones necesitaba meditarlo, porque un servidor de D. Enrique tenia que meditarlo mucho para recibir dones de D. Pedro.

—¿Y qué has resuelto? dijo el rey.

—Después de largas meditaciones he resuelto precisamente, lo mismo que pensaba hacer antes de haberlo meditado.

—¿Y qué has resuelto?

—Servir fielmente á D. Enrique de Castilla.

Me has vendido, Beltran. Me vuelvo á mi castillo de Montiel.

—Es mala ocasion, rey D. Pedro. Ya que habeis venido á mi tienda hablaréis con el rey D. Enrique.

—¿Así juegas con un monarca?

—Siento mucho que os detengais; pero no puedo permitirlos que vayais libre, hasta que venga el rey D. Enrique, vuestro hermano.

—Pues bien, Beltran, dile que venga: despierta al ejército entero al són de trompas y clarines, para que vean morir á un hombre sin ponerse pálido y sin temblar.

—¿En dónde, en dónde está D. Pedro? dijo D. Enrique presentándose vestido de bruñidas armas, y echando fuego por los ojos.

—Aquí me tienes, mal nacido.

Los dos hermanos se trabaron como dos osos en el bosque, y se sacudían como las encinas agitados por el huracán. Apenas podían sufrir sus rostros lo encendido de sus alientos, y sus armaduras crugían como las escamas de una serpiente bajo las uñas de un dragón. No contentos con

oprimirse murmuraban torpes denuestos, y se ofendían con las palabras al esterminarse con las obras.

Al acometerse los dos hermanos habia intentado Men Rodríguez favorecer al rey D. Pedro; pero Beltran Güeschlin le detuvo, y ambos caballeros quedaron espectadores de un combate entre dos hermanos tan fieros como Eteocles y Polinices.

Aunque D. Enrique era robusto, le aventajaba el rey D. Pedro en corpulencia y fortaleza. Prevalido de estas ventajas le suspendió un poco entre sus brazos, y precipitándole en el suelo, no pudo mantenerse firme, y cayó tambien sobre él. Los dos en tierra continuó el desigual combate con mas encarnizamiento que nunca, por mas que D. Enrique sufría la presión del cuerpo de su hermano. La luz de un farol alumbraba esta escena terrible, y algunos relámpagos venían á aumentar su siniestro horror.

—¡Aquí están, Bernal, aquí están! gritó la huérfana de Avendaño, entrando en la tienda de repente.

—¡No me persigas, Doña Inés! exclamó el rey con voz ahogada, y abrió los brazos con que oprimía el corazón de D. Enrique.

D. Enrique supo aprovecharse de este momentáneo respiro, y dando con agilidad una vuelta sobre su hermano, sacó la daga de su cinto, y blandiéndola junto al costado del rey D. Pedro de Castilla, exclamó:

—Esta es la daga que llevaba mi noble hermano D. Fadrique: esta es la que blandió D. Juan en la fortaleza de Carmona, y esta es en fin la que te mata al pié del castillo de Montiel.

D. Enrique descargó el rudo golpe: D. Pedro lanzó un hondo gemido, y un mar de sangre espumosa y negra tiñó los miembros y vestidos de los dos hermanos rivales.

Todos los presentes repitieron el hondo gemido del monarca. Bernal de Bearne apartó lo ojos de aquella escena singular: Beltran murmuró algunas palabras de dolor; é Hinestrosa, que habia llegado siguiendo las huellas de Inés cayó de rodillas junto al muerto. La huérfana quedó impasible: sacó de su pecho un relicario; tomó de él un bucle de cabellos y los arrojó sobre el cadáver. Eran los cabellos de D. Juan, que debían sepultarse un día con las cenizas de D. Pedro.

Apenas habia soltado Doña Inés los cabellos

de su muerto amante, cuando se animaron sus ojos con una luz extraordinaria; y dando un grito tan doliente como el que habia lanzado el rey en el momento de espirar, cayó á plomo sobre el alcaide.

—¡Hermana! exclamó Bernal de Bearne.

—¡Doña Inés! exclamó Hinestrosa; pero Doña Inés no respondió porque habia dejado de existir.

El bastardo puso su mano sobre el corazón de la huérfana, y conociendo que no latía dijo con voz ronca y profunda:

—Inés de Avendaño era la sombra del rey D.

Pedro de Castilla; el cuerpo cayó como veis y la sombra acaba de extinguirse.

—Yo la seguiré, dijo Hinestrosa.

Se siguió un profundo silencio á las palabras del bastardo: se alzó D. Enrique, bañado con la sangre que habia vertido, y poniendo su pié sobre el tronco del que habia reinado veinte años, exclamó con triunfal acento:

—¡MI FAMILIA QUEDA VENGADA! SOBRE EL CADAVER DE PEDRO PRIMERO SE LEVANTA ENRIQUE SEGUNDO. ¡YA NO HAY MAS QUE UN REY EN CASTILLA!



33118

N
A719d

PO
. A
Dc